

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

PI Y MARGALL

Como se inscribe un nombre glorioso en el frontispicio de un monumento; como se colocan ex-votos en las capillas, al pie de los santos iconos, Don Quijote acude, animado de contrición religiosa, al admirable concierto que la Prensa toda acaba de ofrecer, para mentar un nombre, el de Pi y Margall, y para amontonar al pie de ese nombre todas las flores de que podemos disponer.

Si ayer fue día de llorar, hoy es hora de regocijarse. Exaltar los méritos del gran anciano; llevar ofrendas á su apoteosis, es cantar, como quien ora, un himno á la virtud y al trabajo.

¡Bendito y loado sea por siempre el hombre que, aun después de muerto, tales mercedes nos proporciona!

No se ve la montaña cuando se vive en ella. No se ve tampoco la corpulencia total de los grandes hombres, sino cuando se les considera á distancia. En un terreno plano, ¡oh, plano como la palma de la mano! en una tierra casi sin anfractuosidades intelectuales, Pi ofrecía una sorpresa de visión bella y estupenda. Era una pirámide en mitad del desierto, y e a también una conciencia enhiesta, tozuda y rutilante, marcando el camino del Ideal y desvaneciendo las dudas de las nuevas generaciones. Fué el predecesor y el apóstol. Juan el Bautista y Juan también el del Apocalipsis de Pathmos.

Se le regatearon méritos en vida. En su marmórea figura muchas veces pudieron advertirse huellas de babosas, suciedades de calumnia... Así resultaba más completo. En plena vida, su medallón, expuesto á la intemperie, tostado por el sol, mojado por la lluvia, tenía ya como una consagración de la posteridad, la patina del tiempo...

Murió hace siete días. Vivirá siempre. Vivirá en el viejo armorial de la nobleza intelectual española y en el corazón de todos los hombres agradecidos.

PI Y MAGALL, ESCRITOR

UNA TARDE DE INVIERNO

¡Qué triste es el color del cielo! Azota el viento las altas cumbres y descendiendo ráfagas al valle. La superficie de los pequeños lagos está ligeramente rizada; las hierbas de los prados besan el húmedo suelo.

¡Oís crujir las carcomidas tablas de nuestra umilde cabaña? Lamea el hogar; pero apenas deja el humo los medio encendidos leños, se espacian remolinos por la estancia. Ved cómo chispea el caldero que cuelga del hogar. Cae el hollín por los bordes de la chimenea.

Nieva, nieva ya, hijos míos. ¡Cuán bella y silenciosamente baja á la tierra ese maná de los campos! Parecen flores los copos flovados sobre las verdes plantas de la huerta. Mirad, mirad los cerros de enfrente. Apenas se los distingue en medio de la niebla. ¡Cómo crecen á la vista los objetos! ¡No es aquella la pequeña cruz de piedra en cuyas gradas cubiertas de musgo nos sentamos antes de doblar la cumbre?

Pero os estáis estremeciendo de frío. Muchacho, baja retama del zaguán y buenos troncos de pino. Arda el hogar y suba la alegre llama al cielo. Y en tanto que crujan y castañeteen los leños y sueñe el agua del caldero en sonoro zumbido, é hierva después y se agite en ráfagas olas como la de un mar alborotado, bebamos y platiquemos, sentados aquí al amor del fuego, en buena paz y compañía.

¡Sobre qué será la plática? ¡Ah! ¿Te gustan á tí los cuentos sobre las hechiceras y las hijas del agua?... ¡Y á tí las historias de batallas? ¡Y á tí las desventuras del cazador perdido en el bosque y las del pastor enamorado?—Las hechiceras y las hijas del agua tienen ya su razón turbada. No te atreves á moverte en las tinieblas. Te espanta de noche tu propia sombra. Guardas hasta la cabeza bajo las sábanas. Ves al través de tus mismos

párpados esos mentidos fantasmas de la imaginación de los primeros pueblos, evocados sin cesar por la poderosa voz de la poesía. No, no te convienen á tí los cuentos de hadas.

—¿Qué ves tú en las batallas, hijo mío, para que te complazcas en oír referirlas? Dices que se te figura oír el redoble de los tambores y el trémulo sonar de las cornetas, los gritos de los moribundos confundidos con el relincho de los caballos y el pavoroso estruendo de la pelea, los alaridos de triunfo de los vencedores mezclados con el rumor de los precipitados pasos del que huye sintiendo sobre sí la lanza del bárbaro soldado; que ves levantarse á tus ojos, entre nubes de polvo y humo, los dos ejércitos combatientes con sus armas y sus cascos, que relumbran como heridos del relámpago al fuego de los cañones; que ves flotar al aire sus banderas y sus estandartes rasgados por la bala y la metralla; el suelo tinto en sangre; la sangre de los heridos saltando bajo los herrados cascos del intrépido caballo. Y no te afecta dolorosamente la imagen de tan horrible espectáculo? Las batallas, hijos míos, han sido muchas veces una necesidad en el mundo. Se las cree todas hijas del capricho, ya de los reyes, ya de los pueblos; pero injustamente. En muchas se han hallado frente á frente dos principios: La civilización ha luchado con la barbarie, la idea con la realidad, lo porvenir con lo pasado. Las revoluciones y las reacciones no son más que batallas. ¡Sabéis por qué las hay en los pueblos? Llevamos la contradicción en el espíritu. ¿Cómo no ha de parecer en los hechos de la humanidad y el hombre? He aquí por qué vivimos separados en bandos y remueve la guerra el suelo de las naciones. Pero, seres dotados de razón, ¿podremos sentir nunca un placer en recordar esos combates sangrientos, hijos de la triste condición de nuestro espíritu?

Tú eres mujer, hija mía, y amas las aventuras y los cuentos de amores. Guárdate de que te seduzcan. ¿Qué es para tí el amor? ¡Una copa de oro! Sí, una copa donde unos beben el néctar del placer, otros las lágrimas de la desesperación y el remordimiento. Pintáronlo los antiguos niño y vendados los ojos. ¡Deberemos dejarle que busque ciego las flores de la vida? ¿No deberá antes la razón desceñirle la venda?

No os dejéis llevar nunca, hijos míos, sólo de la imaginación y el sentimiento. El sentimiento sin la razón no es más que el relámpago en noche oscura. Deslumbra mientras brilla; hace luego más profundas las tinieblas. ¿Qué es sin razón la fantasía? Mariposa que anda errante entre las flores, y después de haber cruzado alegres praderas y risueños valles, deja tal vez abrasar sus bellas y pintadas alas en la mezquina luz de un reverbero. Procurad comprender, ante todo, si queréis ser hombres. ¿No habéis oído que nuestro cuerpo es una cárcel? La razón es una lámpara que nunca se apaga, de este calabozo oscuro. No os empeñéis en cerrar á su luz los ojos del espíritu.

Ver y no comprender, sentir y no comprender, ¿es acaso ver ni sentir para el hombre? Sin comprender ve y siente también el bruto. Tenéis abierto ante vosotros un gran libro y no acertáis á leer en él una palabra. Vuestra misma personalidad es para vosotros un enigma. Os pregunto á todos por qué arde ese viejo tronco de pino, y guardáis silencio; por qué esa copa de vino os conforta y calienta, y no os atrevéis á responderme. El mundo, os ha dicho vuestra buena madre, es el templo de los templos; el sol es su lámpara de oro; las estrellas, sus lámparas de plata; los cielos, su bóveda; los montes, sus altares; la hierba y las flores de los campos, su matizada alfombra. Pero después de todo, ¿qué conocéis del mundo? La tierra que pisáis rueda bajo vuestras plantas; el sol está en medio del espacio; planetas mucho más grandes que la tierra giran en perpetuo movimiento alrededor de esa lumbrera del día. Vosotros lo ignoráis aún y no debéis ignorarlo. Abrid desde hoy el corazón á la ciencia; preguntad ó preguntaos la razón de todo.

Pero los leños están ya casi hechos ascuas; sólo una que otra llama azul corre y ondula sobre la superficie negra de los carbones. Venid y ved, hijos míos. La naturaleza se ha vestido de blaco, al par de la casta virgen que va y consagra á su Dios su mano y su hermosura. ¡Qué bien se destacan ahora aquellas blancas cumbres sobre las agriasadas nubes! Hasta las ramas de los árboles

se inclinan al peso de la nieve; mirad cómo vuelan despavoridas las aves, sin hallar dónde recoger el alimento de sus hijos. ¿No distinguís también allá á lo lejos una cómo sombra que cruza la falda de aquel cerro? Es el buitre, que pasa casi al ras de la nieve batiendo apenas sus extendidas alas.

¡Qué solemne es en estos instantes el silencio y el reposo de la naturaleza! El labrador no dejará ya hoy su hogar, ni las ovejas su aprisco, ni los pastores su majada. ¡Quiera Dios que el viajero no pierda su camino, oculto bajo la nieve; que no resbale en el hielo formado por la noche fría, ni caiga con el furor del témpano al fondo de los precipicios!

La noche está ya cerca, hijos míos; id y decid á vuestra madre que apreste la cena. Poned sobre el blanco mantel vuestras jarras de leche; ruede el tamboril de las castañas en la lumbre. Pero ¿no brilla aún el sol sobre los agudos picachos de Occidente? No parece ya un globo de fuego, sino un disco de oro. ¡Qué hermosa aureola la de sus grandes rayos, que brillan sobre el obscuro fondo de las nubes! Una línea de luz corre como una franja de azófar sobre la ondulante cresta de los cerros. Uno de ellos está bruscamente cortado por un despeñadero, en el que no pudieron sostenerse los copos de nieve. Se presenta obscuro, y no parece sino la bóveda de una espantosa caverna.

¡Naturaleza! ¡Naturaleza encantadora! ¿Quién podrá agotar jamás tus bellezas? ¿Qué pintor reunir en su paleta los colores de la tuya? Idos, idos, niños, y disponed la cena. Dejadme gozar á solas de este espectáculo sublime. Vuelve á silbar el viento en las desnudas ramas de los árboles, y el cielo á recobrar su azul sereno. Quiero ver cómo la noche descega su manto de estrellas sobre los blancos valles y los blancos montes. Quiero contemplar á la luz de la luna cómo extienden los árboles sus inmóviles y misteriosas sombras sobre ese sudario en que se me figura ya ver envuelta la naturaleza. Quiero oír en el silencio de la noche las cien mil voces de los arroyos que desata el viento entre la nieve y el pavoroso rumor de la lejana cascada.

Siento ya sumergida toda mi alma, todo mi ser, en este mundo que vive de mi vida y encierra hasta en la dormida piedra el espíritu de Dios, que adquiere en mí la conciencia de sí mismo.

¡Silencio, silencio; no interrumpáis mi éxtasis! No trocaría por él la corona de los héroes.

PI Y MARGALL.

PI Y MARGALL, INTIMO

RASGOS

No recordemos lo que es del dominio público: que no tomó un céntimo de los gastos secretos que le correspondían como ministro de la Gobernación, devolviéndolos íntegramente al habilitado al dejar el cargo, y yendo á su casa sin una peseta (sic).

Al devolver el dinero entregó impensadamente un billete de mil pesetas que había cobrado en la liquidación de un pleito y que le fueron devueltas.

Más tarde quisieron hacerle ganar mucho dinero como abogado del Banco de España, y presentó una minuta de 500 pesetas.

Por barato y por cursi ya no le dieron más negocios del Banco.

Siendo ministro, el librepensador y enemigo de las comunidades religiosas, resolvió expedientes á favor de conventos de monjas contra ayuntamientos republicanos. Por eso en Cádiz se ha celebrado durante muchos años una misa diaria por la salvación del alma del hombre justiciero.

En el extranjero, desde hace muchos años, se apreciaba su soberana inteligencia más que en España.

Hablando en París hace quince años un periodista español con el demolidor de reputaciones, Rochefort, díjole éste, hablando de España:

—Ustedes tienen un hombre.

—¿Quién?

—Pi y Margall.

REYES PROSAICOS

Leyendo estos días la *Noctela de la Momia*, el divino Teófilo Gautier ha revivido en mí el muerto Egipto de los Faraones.

—¿Qué pueblo este!—decía yo mentalmente—. En él todo es grande, todo da idea de lo incalculable y lo eterno. Los reyes tienen por tumbas moles graníticas indestructibles, pi. amides orgullosas que desafían las injurias de tres mil años. Naciones vencidas por las armas egipcias han arañado hasta las entrañas de la cadena Libica para que los príncipes momificados duerman imperturbables el sueño de los siglos ocultos celosamente á los rayos del sol y á la mirada profana de los hombres.

¡Estos sí que sabían ser reyes!—repetía yo sin cesar.

La entrada de Faraón en Tebas la describe Gautier de un modo inimitable. En la Ciudad de las Cien Puertas sólo quedan los enfermos y los tullidos. Los demás salen llenos de júbilo á recibir al rey, que vuelve victorioso de una lejana expedición. Ocho cientos músicos provistos de áureos clarines, combos timbales, sistros y tambores, elevan al cielo sereno los ecos vibrantes de una marcha triunfal; lucido heraldo pregona las victorias y botines del Señor amado, y el pueblo vocifera unánime, como si él solo fuese el triunfador.

Cuando Faraón pasa, silencio religioso prevalece y todos se prosternan. Hasta los sacerdotes hunden en el polvo las sagradas frentes, porque tienen delante al protegido de Osiris, la sacra divinidad egipcia.

Y Faraón sigue, sigue adelante con majestad hierática, como algo sobrehumano, indiferente á lo que en torno suyo ocurre. Sentado en su carro de guerra, cubierta la cabeza de opulenta mitra, precedido de turiferarios que le inciensan, y seguido de príncipes, sacerdotes y guerreros.

—Estos, seguía repitiendo yo, éstos sí que sabían ser reyes. Los nuestros apenas valen lo que cualquier dependiente de ultramarinos. La pícara democracia se ha infiltrado en ellos gota á gota, y les ha desgastado el alma soberana. O vuelven á ser los monarcas magníficos y santurrosos del viejo Oriente, ó es cosa de que dejen la corona por no saber llevarla.

No, proseguía yo en mi triste soliloquio; ya no tenemos reyes que sepan serlo. El mejor de ellos apenas es un amable burgués. Leopoldo de Bélgica abandona su reino, y con los pingües beneficios que saca de explotar el Congo en compañía de otros industriales, se va á París para holgarse con Cleo de Merode, la hermosa bailarina. Aunque le han llamado *Empereur de la barbe fleurie*, como Víctor Hugo á Carlonagno, maldito si su cana y florida barba le da majestad ninguna.

Pero mucho peor que éste era el viejo Milán, que por lo rapaz bien merecido tiene el nombre. Borracho, jugador, embustero, cruel, mejor que el cetro le habría estado la vara del arriero, Calavera y manirroto, abandona á su mujer, huye de Servia, y en París se envilece derrochando su fortuna en juergas y pidiendo luises prestados para beber Champaña.

Viene después su hijo, el joven Alejandro, que sabe enternecer á Europa refiriendo á un redactor de *El Figaro* sus castos amores con una criada jamona de treinta y tantas primaveras. Apenas han bastado un par de años para que el idilio amoroso se trueque en tragi-comedia. Un embrazo histórico puso en ridículo á la reina Draga; algunas escenas domésticas nada edificantes dan al traste con la regia majestad, y por último, las bofetadas que el rey Alejandro descargó hace pocos días sobre las mejillas de su esposa, y el subsiguiente envenenamiento de ésta, demuestran que cualquier súbdito servio sería mejor monarca que el hijo de Milán.

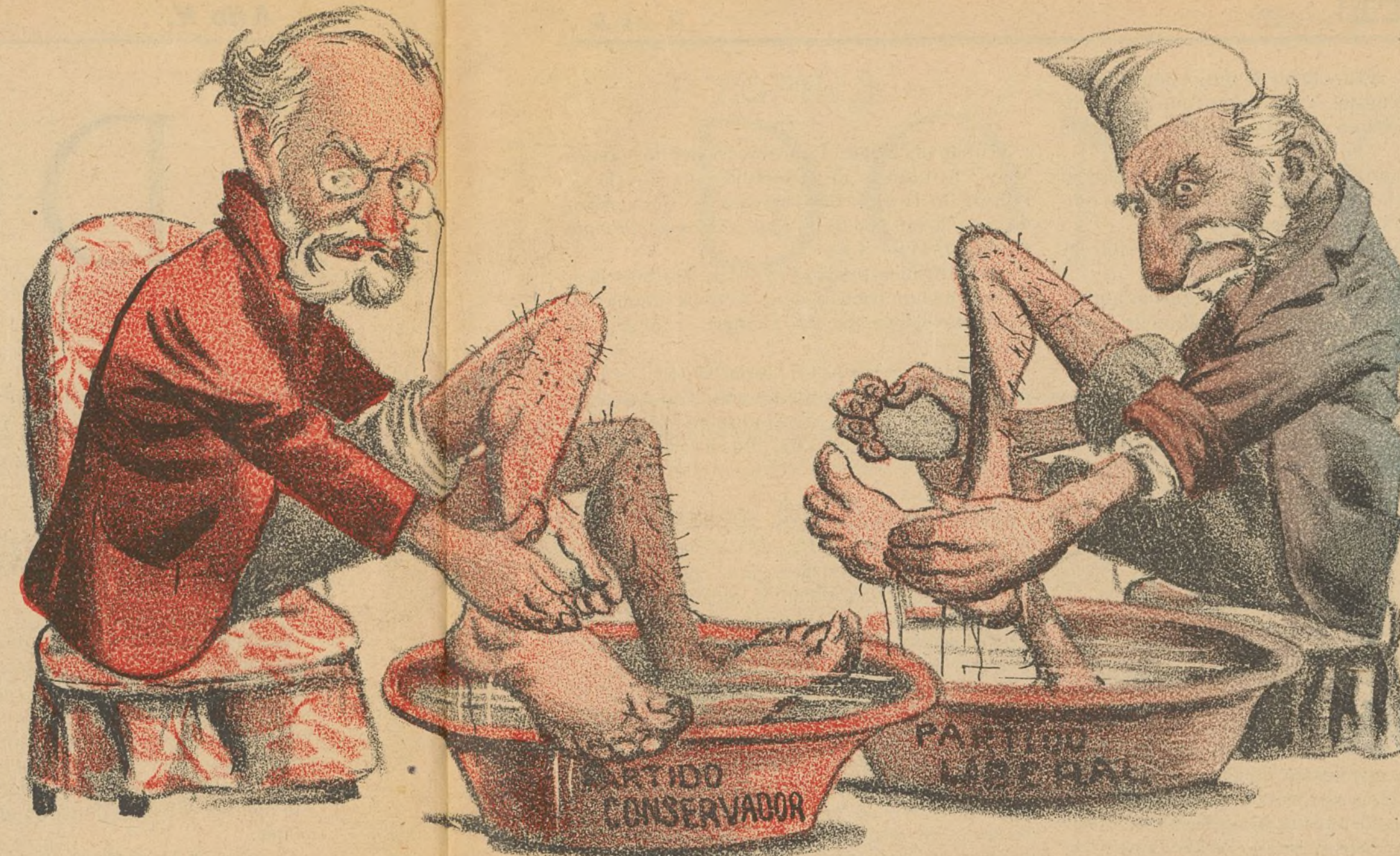
El último escándalo regio nos lo ha telegrafiado el burlón y simpático Bonafoux. Guillermina, la amable reina de Holanda, tan solicitada hace dos años por los príncipes europeos, ha sido víctima de dos coces teutónicas, que son de las peores coces. Aunque plebeyo, no seré yo quien dé á mi futura esposa tan malos tratos.

Guillermina se casó por amor, según dicen; pero su esposo era un tramposo arruinado, y sus acreedores le apremiaban día y noche. ¡Sería

DON QUIJOTE



Instantáneas de DON QUIJOTE.
Ultimo retrato del Obispo Casañas.



Silvela.—Yo me lavo las manos con la cuestión del catalanismo.
Sagasta.—Y yo también.



Masturbaciones cerebrales y armas al hombro.



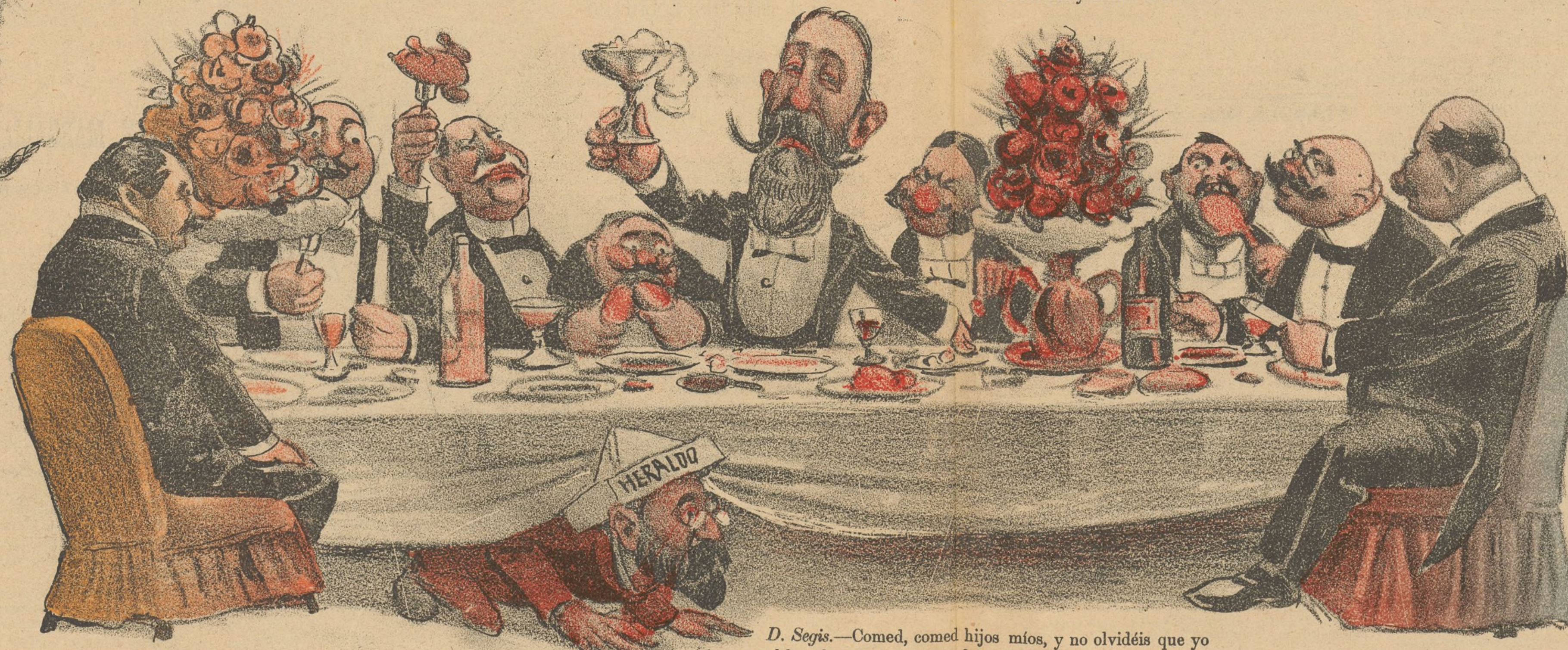
Maceo.—Así comencé yo.



Urzáiz.—Poco pelo te va quedando
¡pero tengo yo unas tijeras!..



Cabezas de Ministro:
Marqués de Teverga.



D. Segis.—Comed, comed hijos míos, y no olvidéis que yo soy el heredero de la jefatura del partido liberal.

Ayuntamiento de Madrid

gracioso que un rey consorte compareciese ante los tribunales como deudor insolvente! A pesar de esta consideración, la joven reina se negó a pagar las trampas, y su marido, colérico, le dió dos puntapiés que la han hecho abortar. Cua'quier peón caminero es capaz de hacer lo mismo.

Desde que príncipes y reyes han olvidado los deberes que la majestad del trono impone, no me fio de ninguno. La escena de Guillermina la veremos un día de estos reproducida en los periódicos con estos ó parecidos términos:

«La princesa Micomicona, presunta heredera del reino Micomición, abortó entre once y doce de la noche, á consecuencia de una soberana paliza que le propinó su señor esposo, que le exigía algunas sumas para saldar sus trampas de soltero.

La princesa está dolorida, pero el pueblo está gozoso, porque no tendrá que pagar los emolumentos que la Constitución hubiese concedido precisamente al recién nacido.»

M. CIGES APARICIO.

EL PADRE SANZ

I

Mentiroso, procaz, vil y grosero; con facha de patán, recio y cuadrado; acreedor al presidio por malvado; digno de una paliza por fullero.

Ofende á Dios cuando le invoca artero para hacer de su bolsa el *embuchado*. De su alma en el altar ha consagrado sólo una majestad: la del dinero.

De instintos naturales corrompidos muestra á los chicos raras aficiones; de los pobres abusa y los vencidos;

tiene una vieja que le da millones, y son, en general, sus protegidos, estetas, alcahuetes y *soplones*.

II

Oye, mal sacerdote: tú no has sido nunca el revelador de esas verdades que destellan divinas claridades sobre el humano corazón herido.

Tú fuiste siempre el ser envilecido, siniestro embaucador de falsedades, factor de vengonzosas liviandades de una generación fruto podrido.

Manchó á la excelsa religión sagrada, como mancha el aceite, tu alma obscura; pues cuando fijas la glacial mirada en la hostia que levantas á la altura, ¡el mismo Dios, en la hostia inmaculada, se convulsiona entre tu mano impura!

PEDRO BARKANTES.

Cómo duermen nuestros políticos.

Sagasta.—Muy tranquilamente desde que se ha muerto Gamazo.

Silvela.—No duerme de envidia.

Weyler.—De uniforme y calzadas las espuelas.

Canalejas.—No duerme ni deja dormir.

Villaverde.—Con la lengua fuera.

D. to.—Con la cabeza libre.

Moret.—Muy intranquilo, pensando en las hipotecas de sus casas.

Vega Armijo.—Grüñe hasta en sueños.

Aguilera.—Se pasa las noches en un ronquido.

Montero Ríos.—Desde el Tratado de París no le deja dormir la conciencia.

Romero Robledo.—Habla lo mismo que si estuviera despierto.

López Domínguez.—Duerme lo mismo que un pajarito.

Duque de Tetuán.—Desde que se ha muerto Cánovas no pega el ojo.

Romanones.—Abrazado á su cartera de ministro, no se la vayan á quitar mientras duerme.

Veragua.—Sueña con toros.

Aimodóvar.—Con gorro de dormir y uniforme de maestrante.

Tequera.—Como un bendito, con todos los ojos cerrados.

Nocedal.—No le deja dormir la lujuria.

Ursáiz.—Con los pies fuera de la cama para trabajar hasta durmiendo.

El obispo Casañas.—Dicen que duerme solo.

Maura.—No duerme, reza.

Villanueva.—Desde que no le hablan del tercer depósito, duerme tan ricamente.

Robert.—Hasta en sueños grita: ¡Visca Catalunya!

Barrio y Mier.—No duerme de puro tonto.

González.—Duerme las horas que le permite Sánchez Pastor.

Azcárraga.—Prefiere comer á dormir.

El Padre Sanz.—Con todos los ojos abiertos.

Barroso.—Padece de sueños carnales.

Pidal.—Duerme en espíritu con Silvela.

Don Carlos.—Sueña todas las noches con las once mil vírgenes.

EN EL SALÓN DE CONFERENCIAS

Llego al Congreso. Son las cuatro de la tarde y no hay nadie. El *buffet*, aburrido y soñoliento; un ujier llena vasos de agua, y dos entremetidos llegan á pedirle papel y sobres. Trato de adivinar el *modus vivendi* de esas gentes extrañas á quienes hay que saludar por fuerza, de verlas todos los días de Dios. Son periodistas frascados, aventureros con mala suerte, que viven á salto de mata y que se han atado á la tumbonería. Seguramente que esos hombres en algún sitio ganarían un jornal; pero prefieren andar así—eternos peregrinos de la desdicha—porque han visto que Fulano que hace dos meses andaba como ellos—se ha calzado una secretaria particular ó un destino inamovible. La comedia de magia de nuestra política, rica en estos cambios de la suerte, les aplana, les chupa la voluntad y les arroja sobre aquellos sucios divanes. Estas pandillas de discutidores son lo que *El Imparcial* llamó «mesnada periodística». Y es un dolor verlos pasivos, perezosos, sucios, con greñas, alzando el gallo á todo el mundo, llevando la voz cantante en los corrillos, sentando *jurisprudencia* en todas las disputas.

Conocen á todo bicho viviente; escriben todos los días un sin fin de cartas; fuman los cigarrillos de los candidatos de oposición—que tienen tanta largueza de filípicas como de Susinis—y traban amistades íntimas y provechosas. ¿Por qué? Creo estar en lo firme asegurando que porque nuestros políticos del Salón de Conferencias, empujados de su malicia industrial, tienen cierta candidez tarasconesca, cierta *bonhomie*, familiar y honrada, de aquella que Daudel cantó en su prosa mágica, y peregrina de *El Nabab*.

Pero, expuesto el hecho, conocidos estos parásitos sin fortuna; hay que defender valientemente á esa bohemia política y desastrosa. ¿Quién tiene la culpa de que ellos vivan así? ¿Quién ha de ser, sino el que echa mano de ellos para sus jugarretas? ¿Quién ha de ser, sino el que los lleva y los trae, dándoles de almorzar á cambio de que le revelen secretos y habillitas? ¿Quién ha de ser, sino el miserable que con un duro les paga la indignidad de un sueldo periodístico vergonzoso?

Los santones políticos ensalzan á poca costa la honradez integérrima de su vida pública, y largan infames leyendas de *chantages* contra esas pobres gentes suicidas al no comer y al no vivir. Pero jamás uno solo de nuestros dioses gobernantes ha confesado que pagó un duro para que deshonrara á un hombre, ni que, á costa de esas deshonras, él se está dando vida de príncipe ruso. Esto es infame, vergonzoso, bajo, rufianesco. No; no se debe, no se puede aguantar. El que un débil, un vencido, un desesperado, cambie de periódico, de partido, de ideas, se comenta y cunde por todo Madrid. Y el infeliz que por comer lo hace es un sinvergüenza, un hombre indigno, un *sablista*.

En cambio, casi todos nuestros prestigios de la prensa y de la política han cambiado siempre que les ha tenido cuenta. Y muchos ministros y ex ministros fueron republicanos antes, y muchos generales se han sublevado, y casi todos los obispos han favorecido á los carlistas... y casi todos los que hoy se rien de un hombre se venda por un almuerzo, se han vendido antes ¡por un cigarro!...

Gracias á que la juventud que vale desprecia profundamente esta política de magia y de trampa. Esto me consuela. En los divanes del Salón de Conferencias he visto á pocos jóvenes soñando con secretarías particulares... Pero á veces pienso, con verdadero terror, que si ha de seguir esta vida política y la juventud valerosa se encasilla en su *intelectualismo*, tendremos de mangoneadores, de amos de Ministerios, Diputaciones y Alcaldías, á esa turba de D. Lindos que ahora tiene empleos de doce mil reales y que mañana, corriendo el esalafón de las influencias, serán los oligarcas tan temidos por Costa.

¡Y lo peor de todo sería que tuviéramos que ir á pedirles algo! También está en lo posible.

CRISTÓBAL DE CASTRO

PERSONAL

Yo no puedo hablar imparcialmente del hermoso libro de Ernesto López, *El matrimonio en la clase media*. La pasión quita conocimiento. Y la amistad que yo siento por *Claudio Frollo* tiene toda la grandeza de una pasión.

Ernesto López, que ha sufrido todos los dolores de la vida, que ha *rodado* mucho, que ha luchado mucho, tiene derecho indiscutible á ser pesimista y á dudar de todo y á negarlo todo...

Su libro *El matrimonio en la clase media* es un estudio terriblemente sincero, cruel á veces, de la infortunada mesocracia.

Después de leerlo he sentido tentaciones de despojarme de mi modesto *chaquet*—mi única prenda de persona «medio decente»—y comprar-

me una blusa. (Estoy lleno de muy buenas intenciones, ¡oh, Ernesto!, y en cuanto que tenga dinero, que será uno de estos días, me visto de *Juan José*.)

El matrimonio en la clase media «me ha sabido á poco». *Claudio Frollo* es capaz de mayores empresas, de muchas mayores empresas.

¡Si la lucha por la vida le dejase escribir en condiciones!...

En fin, conste que aprovecho la ocasión que se me presenta para hacer público testimonio de mi admiración y de mi afecto al autor de *El matrimonio en la clase media*.

Y que no viviré tranquilo hasta no leer el nuevo libro que nos anuncia Ernesto como próximo á publicarse, y que se titulará ¡buen título! *Teorías sobre el robo*.—S.

Lo que quieren los catalanistas.

«Queremos la lengua catalana con carácter oficial, y que sean catalanes todos los que en Cataluña desempeñen cargos públicos; queremos Cortes catalanas, no sólo para estatuir nuestro derecho y leyes civiles, sino todo cuanto se refiera á la organización interior de nuestra tierra; queremos que sean catalanes los jueces y los magistrados, y que dentro de Cataluña se fallen en última instancia los pleitos y causas; queremos ser árbitros de nuestra administración, fijando con entera libertad las contribuciones y los impuestos, y queremos, en fin, la facultad de poder contribuir á la formación del ejército español por medio de voluntarios ó de dinero, suprimiendo en absoluto las quintas y levadas en masa, y estableciendo que la reserva regional forzosa preste servicio tan sólo dentro de Cataluña.»

¿Comentarios á estas pretensiones?

¡Que lo haga Pucheta!

LAS VÍCTIMAS DEL TRABAJO

—¡Pepe!

La voz venía de la calle y era una voz fresca y alegre como una carcajada.

—¡Demontre, la Luisa! gritó el albañil, poniéndose de pie en el andamio y asomando todo el cuerpo á la calle.

La mujer alzó aún más la voz, temiendo no ser oída.

—¿Oyes? Voy á casa de mi madre. Allí te espero... Que no tardes.

El albañil, mientras tanto, miraba émbobado á su mujercita y se le pasaban los grandes deseos de bajar de un salto á la calle para estrecharla contra su corazón.

—¿Sabes que así, vista de lejos, pareces muy hermosa?

Ella se echó á reír alegremente, muy satisfecha con la galantería de su marido.

—¡Tonto, mejor estoy de cerca! Pero, límpiate! Estás muy alto para verme.

El, entonces, maquinalmente se echó casi fuera del andamio para contemplarla más á su sabor.

—Ten cuidado!—gritó ella asustada.—¡Agárrate bien á la cuerda!

Pero la recomendación llegó tarde. El pobre hombre había puesto un pie en falso y caía á la calle de cabeza, agitando desesperadamente las manos, como buscando algo de que asirse.

El cuerpo, al caer sobre el empedrado, produjo un ruido indescriptible de huesos rotos...

Sonó un grito, un grito semejante á un alarido, y la mujer—aquella mujer de voz fresca y alegre como una carcajada—se lanzó sobre el ensangrentado cuerpo del albañil, llorando como una loca...

Después vino el Juzgado y el médico de la Casa de Socorro, y hasta un par de parejas de agentes de Orden público, y mucha, muchísima gente...

El médico no se dignó siquiera examinar á la víctima. Se limitó á pasarle las manos por el pecho; buscándole el corazón, é hizo una mueca de disgusto.

—Está muerto, y bien muerto.

Entonces el juez abandonó el lugar de la ocurrencia, seguido del escribano y del alguacil, y dispuso la traslación del cadáver al Depósito.

Poco á poco fué disolviéndose el grupo de curiosos. Caía la tarde. Los guardias de Orden público, mientras velaban el cuerpo de la víctima, discutían á gritos no sabemos qué problemas políticos de actualidad; y la mujer del pobre albañil seguía arrodillada en el suelo, llorando y maldiciendo, frenética de dolor...

Y al día siguiente publicaban los periódicos la consabida noticia:

«Ayer se cayó del andamio en que estaba trabajando el obrero Fulano de Tal.

Su cadáver fué trasladado al Depósito.»

MIGUEL SAWA

LIBROS

Acaban de llegar á nuestro poder los tomos VI y VII, últimos de la notabilísima novela de Ponson du Terrail, *Los ladrones del Gran Mundo*, que llevan por título *Las celadas de Olimpia* y *El Desafío de Amor*.

Indudablemente esta obra es de las más hermosas que han brotado de la fecunda pluma de ilustre novelador, maestro siempre en el arte de conmover.

Felicitemos á la Casa Editorial Maucci, de Barcelona, por su extraordinaria actividad en editar los siete tomos de esta excelente obra, que se agotará acaso antes que las célebres hazañas de Rocambole.

La Casa Editorial Maucci, de Barcelona, acaba de poner á la venta *El Rey de los Cocineros*, utilísimo tratado práctico de cocina, con el que se puede aprender fácilmente la mejor manera de confeccionar 682 platos distintos.

Hábil en esto como en todo, la citada Casa Editorial, ha hecho un verdadero libro para las familias de la clase media, descartando aquellas fórmulas caras, que son propias de las grandes cocinas.

El Sr. Climents y Orts, cocinero muy experto, ha redactado esta obra en presencia de las mejores publicadas hasta el día: *El Rey de los Cocineros* forma un elegante volumen de 336 páginas, al precio de una peseta.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

¿Por qué Máximo se enamoró de Electra? Porque ésta compraba sus guantes en *Las Calatravas*, *Ale. lá*, 25, demostrando ser persona de buen gusto.

El maestro:
—Decid, niño: ¿cuál es el mejor establecimiento de muebles de Madrid?
El niño, sin vacilar:
—El de D. A. Valles, *Alcalá*, 17.
El maestro:
—¿Y que lo diga!

No hay mejor digestivo que una *u* dos copitas de ginebra. Y ya es sabido que no hay otra ginebra en el planeta Tierra como la ginebra *El Ancla*.

El día que todos los españoles se aseguren la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos*, *Sevilla*, 13, será el día de nuestra regeneración.

Después de beber una botella de *vino Valgañón* no hay más remedio que... beberse otra. ¿Qué dónde se vende ese exquisito vino? Pues en la *Bodega del Jalón*, *Caballero de Gracia*, 56.

Todas las personas de buen gusto deben retratarse al platino en la gran fotografía de *Jiménez*, *Cruz*, 19.

De una declaración de amor:
Señora, tiene usted unas manos tan ideales, que merecen ser calzadas en la gran guantería de *G. Zurro*, *Carretas*, 14.

¡El aguardiente *El Hurón*! Con él se han embriagado todos los grandes hombres, desde Tífo Livio á Cavestany. ¡Es el néctar de los dioses!

FRANCES, INGLES Y ALEMÁN

Enseñanza de viva voz de dichos idiomas por profesores naturales de los respectivos países.

Sistema con ilustraciones, único en España.—Clases generales, 10 pesetas mensuales.

Ecole Moderne de langues vivantes.

CABALLERO DE GRACIA, 22, PRAL.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales, Fuencarral, 102, y Preciados, 7.

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas.

Número suelto, 15 cts; atrasado, 30.

A correspondientes y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.